



CARTA VIII.

El Dr. Frutos á D. Pablo.

Campeche, 16 de Marzo de 1824.

Dueño y amigo. Las circunstancias políticas, y más que nada mi calidad de español, me obligan á ausentarme algunos días de la plaza, retirándome al campo. Duéleme el dar á usted esta noticia, porque nuestro Antonio ve en mí, no solo á un médico en quien tiene confianza, sino á un amigo con quien se franquea ampliamente. Pero puede usted estar tranquilo, porque jamás he encontrado un enfermo más dócil y complaciente, que su hijo Antonio, que ha seguido puntualmente todo cuanto le he prescrito, en orden á su régimen de vida. Así es que, sin embargo de haberse presentado en el hospital cuando su enfermedad aparecía en un periodo crítico y funesto, hoy puedo

asegurar á usted, sin temor de equivocarme, que se encuentra mejor, es decir, infinitamente menos mal, que cuando lo examiné la vez primera. Es verdad, que sus últimas impresiones fueron vehementes, y el más intrépido, acaso habría sucumbido en la lucha. ¡Cuánto valen, en trances como éste, la buena educación, los sentimientos religiosos, y la virtud! No puede negarse, que tiene usted un hijo que le honra, y que, por tanto, merece el entrañable amor que usted le profesa.

Me es sumamente sensible, ¡sólo yo sé cuán profundo es semejante sentimiento!, el no poder asegurarle que su hijo recobrará la salud perdida, y quedará curado de su dolencia. Usted es un hombre de buen seso y acreditada firmeza, y no dudo que estará fortificado en la idea horrible, ciertamente, de que este interesante y recomendable joven está perdido para la sociedad; pero no lo estará para sus amigos, que se desvelan en conservar-le tan preciosa existencia, ahorrándole, en lo posible, los inconvenientes de su situación. Sin embargo, no me figuro que sea una temeridad, de parte mía, el manifestarle, que ni creo que la lepra sea un mal que se comunique por contagio, ni me parece imposible su curación. Esto no significa que Antonio sanará: repito á usted que ni piense en ello, porque si los grandes médicos señalan uno ú otro ejem-

plar, sobre no estar yo, ni con mucho, en esa categoría, la empresa es tan ardua y difícil, que raya en lo milagroso. Baste decir á usted, que á Antonio lo miro como una cosa mía, y que, aunque no estuviese obligado, como lo estoy por los deberes de mi profesión, yo lo atenderé con todo el empeño y cuidado de que soy capaz.

Le he fijado un régimen, para que observe puntualmente, hasta mi vuelta. El ejercicio y la distracción, son dos poderosos agentes con que cuento para proporcionarle alivio, porque ya sabe usted cuánto influye lo moral en lo físico. Así es, que le he recomendado mucho que pasee, que lea, que escriba, que dibuje, y que se ejercite en la música, en la cual he observado que es muy inteligente, pero que, por desgracia, hoy le tiene una decidida aversión. Para que mi partida le sea menos penosa, ayer he puesto en sus manos la competente licencia para que un joven español, muy su amigo, y compañero también de desgracia, pueda salir y entrar libremente en el hospital, sin traba alguna; ocurrencia que le causó un placer vivísimo.

Dios conceda á usted resignación, y á todos nosotros lo que nos convenga mejor. De usted obediente servidor y amigo.



CARTA IX.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 1º de Abril de 1824.

Querido mío: Ya no me admiro de que el "fatalismo" tenga prosélitos. Es, en verdad, un dogma absurdo y desconsolador; pero es muy fácil acomodarnos á él, porque exime á la razón de averiguaciones penosas, y de conjeturas más ó menos molestas: libra al corazón del temor, que alguna vez detiene al hombre en un sendero peligroso; ó, á lo menos, afloja el ímpetu de las grandes pasiones. Sobre todo, no teniendo valor para examinar y meditar, nos cuadra perfectamente el hallar una explicación á todo, sin necesidad de engolfarnos en las cuestiones metafísicas, que se enlazan con las de la moral pública y privada. A pesar de mis sanos

principios, yo mismo suelo verme perdido en medio de vacilaciones que me cansan; y muchas veces supongo bien en mis raciocinios, y discuro tan mal, que me confundo, y ya no encuentro la salida de aquel laberinto horrible. Permítame que lo repita siempre: la religión, sí, la religión es el mejor hilo de Ariadna para guiarse; y la idea de una "Providencia" sabia é infinita, es más racional que ese ciego y formidable fatalismo, que hiela nuestro corazón, y seca, en nuestra alma, la fuente de las acciones nobles y magnánimas.

Es verdad, también, que nosotros tergiversamos miserablemente esa idea sensata y religiosa; y al hablar de las cosas y de los hombres, nos parecemos á Proculo, aquel tirano de Sicilia, que tendía en un lecho de hierro á los transeuntes, alargando, á la fuerza, las piernas de los infelices que las tenían cortas, y cercenando las que eran más largas que el lecho; resultando de allí, que la historia de la humanidad se encuentre igualmente desfigurada. A excepción del interés que la religión, ó la filantropía, han inspirado en su favor á algunos hombres de bien, mil pasiones han guiado á los demás; y es doloroso observar, con un filósofo, á los políticos dividiendo á los hombres en nobles y plebeyos, en soldados y en esclavos: á los moralistas, en avaros,

hipócritas, bellacos y orgullosos: al poeta trágico, en tiranos y oprimidos: al cómico, en bufones y necios; y al médico, en fin, en sanguinolentos, pituitosos, fleumáticos y biliosos. ¿Qué se ha reservado, pues, á la virtud y á la honradez? ¿qué á la nobleza de ánimo, á la elevación de ideas, y á la generosidad de los sentimientos? ¿qué al valor en la adversidad, á la firmeza en las desgracias, y al desprendimiento en los puestos elevados? ¿Nada se concede á la lealtad, al patriotismo y al honor?; ¿nada, en fin, al hombre recto que cumple con sus deberes públicos y privados? Casi nada, Manuel mío, casi nada; y si los fatalistas han reflexionado en todo esto, poco tiene de extraño el que lleguen á obcecarse, y menos si, por una desgracia lamentable, han sido indiferentes en materia de religión.

¡Dios me perdone mis arrebatos! Pero al ver en acción los medios ocultos de esa "Providencia," mi sobresalto crece de momento en momento. Contemplo, pasmado, este giro incomprensible del mundo, los resortes que obran en él, la cadena que enlaza y sujeta todos los sucesos de la vida. . . . y de repente me he detenido en un camino que yo creí fácil; pero que, realmente, no es otra cosa que un insondable caos. ¡Cuántas veces no he llegado á figurarme, que las ideas que se me inculcaron en la niñez son falsas ó erró-

neas: que los moralistas que he leído son visionarios; y que mis maestros no han comprendido bien las máximas ni los principios que me infundieron!

La situación de mi pobre amigo y compañero de desgracia, me ha sugerido todas estas reflexiones, amargas, en verdad, pero disculpables. Por fortuna, ¡y este es un beneficio que debo á la infinita bondad del Señor!, no me veo abandonado á mis propias inspiraciones. Cuando en ellas me encuentro engolfado, el capellán parece adivinarlas; y, con una sola palabra aleja las tinieblas de mi espíritu, fortificando oportunamente los afectos sinceros de mi corazón triste y afligido. Cesa entonces la perplejidad, vuelve la paz dichosa del alma, y se disipan mis temores y sobresaltos. Mi enfermedad misma parece ceder á los consuelos religiosos; y en el propio instante en que me hallo en los bordes de un precipicio, que veo abierto ante mis ojos, y próximo á tragarme, un rayo de luz ilumina la escena, guía mis pasos, y encuentro la senda perdida. Lágrimas y suspiros me cuesta todo esto; pero "post nubila Phoebus." Después de una borrascosa tempestad, todo reaparece sereno y tranquilo. Entonces puedo consolar á Regino: encuentro reflexiones oportunas para calmar su aflixión, sentimientos dignos para fortificar su ánimo abatido, y documentos preciosos para

ilustrar su espíritu, poco versado en las grandes verdades, que más no importa aprender, y no olvidar jamás en los trances de la vida. Es, ciertamente, una lucha abierta la que sostenemos; pero no desconfío de mi victoria, porque la "verdad" jamás fué vencida. Logro además otra ventaja: á saber, que mientras con mayor tesón me empeño en transmitir mis convicciones á Regino, más y más me ratifico en ellas.

Como te anuncié en mi carta anterior, Regino obtuvo, en fin, mediante el influjo de mi respetable amigo el doctor Frutos, permiso para salir del hospital, cada vez que desease pasear por estas inmediaciones. Yo esperaba que tal suceso le causase la mayor complacencia; pero noté, con sorpresa, que la noticia le era del todo indiferente. Sin embargo, poco después, deshaciéndose en lágrimas, me dió muestras repetidas de su profundo agradecimiento. Varias veces se dispuso á salir en mi compañía; pero lo mismo era fijar su inquieta mirada sobre las playas, sobre el mar, sobre las embarcaciones surtas en la bahía, y, más que todo, sobre los confines del azulado horizonte, que se descubre desde la puerta principal de nuestra prisión, cuando el infeliz se conmovía espantosamente, sollozaba, cubría-se los ojos con ambas manos, y retrocedía abismado en un dolor vehemente y

profundo, para encerrarse, horas enteras, en un solitario y obscuro rincón de su reducido aposento. Mis consejos, mis palabras consolatorias, y los ruegos del capellán, vencieron al cabo su irresolución, y, como azorado, salió conmigo, hace cinco días, á pasear sobre los blancos arenales de la playa. Nuestro amo Germán, á quien Regino aún no conoce de vista, se hallaba casualmente ocupado en el cementerio, lo cual le impidió acompañarnos en esta excursión. El bueno y honrado viejo desea, con ansia, conocer al pobre muchacho, á quien tiené ya casi el mismo grado de cariño que á mí me profesa.

Renunciaré, porque es preciso, á la pintura de los varios afectos y emociones que asaltaron, en aquel momento, á mi desgraciado amigo. La patria, con todos sus recuerdos tiernos y dolorosos: la familia extinguida: la corta edad malograda: la horrible é incurable dolencia que sufre: las ilusiones agotadas: los proyectos frustrados: las fuentes de la vida emponzoñadas para siempre: el porvenir espantoso y sin esperanza: la muerte cierta y próxima.... Todo, todo se agolpó en aquella imaginación electrizada, y que vomitaba fuego como un volcán.

—Descansemos, amigo mío, díjome de repente. Sentémonos sobre esta piedra minada por el agua, porque no puedo más.

Miró hacia todas partes, y luego continuó:

—Nadie nos escucha, y nadie se burlará de mi dolor. Necesito llorar, mi querido Antonio: quiero desahogarme, y lanzar al cielo un grito de desesperación, porque, de otra suerte,... yo quedaría... quedaría muerto... en este sitio... ¡Ay de mí!

Estrechélo contra mi corazón que latía con una fuerza horrible, porque en aquel momento se precipitaron, en tropel, sobre mí, todos mis recuerdos angustiosos, todos mis atroces sufrimientos, todas mis agonías... ¡Ah!, si Regino lloró, si dió rienda suelta á su dolor.... yo también, querido mío, yo también sufrí una crisis inexplicable.

En vano me afanaba en buscar consuelos para aquel desdichado. Tenía su dolor un carácter tan intenso de verdad, que mis palabras espiraban antes de proferirlas. Comparaba mi situación con la suya, y la veía menos horrible, pero no menos infeliz. ¡Qué sé yo! más de una hora me quedé como un estúpido, observando aquella tristesísima y dolorosísima escena. Al cabo pude aventurar algunas frases.

—Regino, mi pobre Regino: ¡por Dios amigo querido! El hombre material ha triunfado ya bastante. Serénese usted, reflexione conmigo, enjague esos ojos, y

vuélvalos á Dios, que es fuente de amor y de bondad.

Guardaba ya silencio; pero de sus ojos brotaban dos raudales copiosos de lágrimas.

—Regino mío, continué yo: escuche usted á su amigo, á su compañero de desgracia, á su hermano que le ama, y que como usted, ha pasado al través de esas sensibles pruebas. Imíteme usted, obre de una vez la razón, y no sea esclavo de sus sentidos. Convengo en que esta enfermedad arredra al hombre más intrépido: harto lo sé yo por mi propia experiencia. Pero el alma... ¿De qué sirve entonces el alma, ese ser que nos anima, que nos vivifica, y nos hace pensar! ¿Cree usted que es un don sin precio, que nos ha concedido el Autor de la naturaleza? Si todo huye de nosotros, si vemos descuadernarse esta máquina admirable, ¿no tenemos dentro de nosotros mismos ese principio creador de un mundo? ¿Ese agente poderoso, que ninguno se atreve á negar, por más que crea que es material ó inmaterial, perecedero ó imperecedero, no ha de servirnos de algo? ¿Es posible que lo sometamos, abatiendo así su nobleza, á las exclusivas impresiones de la carne? Tengo derecho para hablarle este lenguaje, mi querido Regino, y permítame manifestarle que una buena conciencia, basta á indemnizar á un pobre le-

proso de todos sus padecimientos físicos.

—Ese consuelo será bueno para usted, Antonio mío; pero para mí... ¡ah!, ni sabe usted con qué mónstruo infame está alternando.

Dos sentimientos se cruzaron rápidamente por mi alma en aquel instante. El primero, fué un reproche que me hice á mí mismo, al hablar de la conciencia, cuando la mía aun no estaba suficientemente purificada de mis anteriores crímenes. El segundo, fué el asombro que me causó la intempestiva revelación, que se le escapó al desgraciado Regino. Ambos sentimientos se mezclaron entre sí, y produjeron un extrañísimo efecto sobre todo mi individuo, en tales términos, que permanecí en la misma actitud y ademán en que me sorprendió la exclamación de Regino, por más de dos minutos.

—Ya lo veo, prosiguió con amargura: usted se horroriza, y se avergüenza de tenerme por amigo.

—No, Regino. Por Dios, no interprete usted de esta manera mis sentimientos. Aunque hubiese usted sido el mayor malvado que pisase la tierra, no por eso se rebajaría, en un ápice, el entrañable afecto que he llegado á cobrarle.

El pobre muchacho volvió á llorar de nuevo, y yo continué usando con él de las palabras más tiernas y afectuosas.

—No crea usted, díjome pasado algún

tiempo, que la especie que me ha oído, por primera vez, se me ha escapado involuntariamente: no. Verdad es que no tenía valor para aventurarla en una conversación; pero días hace que miraba como uno de mis principales deberes, el comunicarle los pormenores de mi vida criminal. Yo sabía que usted habría de disculparme, y que aun no haciéndolo, no por eso retiraría su amistad, consuelo precioso que debo al Cielo, á esta desvalida criatura, que si ha delinquido, más se lo debe á los perversos ejemplos que á la vista tuvo, que no á su natural inclinación. Durante sus paseos fuera del hospital, he borseado en mi cartera unos apuntes, que sé muy bien leerá usted con interés y benevolencia. Voy á dárselos en llegando á casa. Léalos usted, mi generoso y magnánimo amigo; y si un profundo remordimiento, y una larga serie de desgracias, cree usted que son bastantes para purgar mis crímenes vergonzosos, entonces seré feliz, en cuanto cabe, pues que no mirará usted horrorizado al bandido infame, á quien ha tendido una mano generosa, para sacarlo del cieno de corrupción en que se ha revolcado.—Basta, Regino mío, basta. Ha llegado usted á formar de mí un concepto, que casi me avergüenza. Repítole, que nada es capaz de disminuir la estimación que le tengo.

—¡He sido un pirata!

—No se sobrecoja, si le digo hoy que desde el primer día en que se explicó á medias conmigo, lo entendí bastante; y ya ve Vd. que esto no me ha hecho impresión ninguna, porque yo no confundo á los verdugos con los victimas.

—Tiene usted razón: sin embargo, yo me he dejado arrastrar voluntariamente en un fango inmundo, del cual no he salido, sino en fuerza de las circunstancias.

—Conozco algo el influjo de las pasiones, y sé medir la distancia que hay entre un malvado por inclinación, y un infeliz que se ve colocado en una posición extraña, por su desgracia, ó por un destino inevitable.

Regino me tomó la mano, y la tuvo pegada á sus labios por mucho tiempo. Retrámonos al hospital, y allí me entregó su manuscrito, que devoré con ansia. Copiosas lágrimas he derramado, al considerar cuán desgraciada ha sido la carrera de ese pobre niño, que apenas dió en el mundo el primer paso, cuando ya no tuvo á quien volver los ojos. Ciego y sin guía, ¿qué había de hacer en un mar proceloso, y sembrado de escollos funestos? Me ha autorizado para remitirte esos apuntes: tú los leerás, Manuel mío, y estoy seguro que, de hoy en adelante, Regino te será más querido. ¡Pobre joven!; ¡cuántos puntos de contacto tiene su suerte con la mía!

El doctor Frutos parti6, y su ausencia me ha sido muy sensible. Respecto de mi salud, nada nuevo tengo que decirte. Padezco mucho, en verdad; pero no por eso dejo de conocer que el buen r6gimen me hace provecho, porque, al menos, este formidable enemigo no marcha con pasos de gigante, como al principio. Mi esp6ritu va cediendo, paulatinamente, de la vehemencia que lo ten6a en un grado de exagerada tensi6n; y la lectura de Bernardino de Saint-Pierre, me hace hallar placer hasta en los sentimientos melanc6licos. Cuando me muestra las ruinas de la naturaleza, 6 me gu6a al trav6s de las tumbas y de los escombros de las ciudades que ya pasaron, adm6rome al observar la suavidad con que deja caer, gota 6 gota, sobre mi coraz6n un b6lsamo de saludable consuelo. Este es el principio de una importante revoluci6n en mis afectos morales. Bien informado te considero de los sucesos que pasan en la ciudad y sus inmediaciones. ¡Dios salve 6 la patria!

Adi6s, Manuel m6o. No te fastidies del pobre lazarino. Cuando termine su penosa carrera, entonces podr6s juzgarlo mejor. Hoy s6lo debes consolarlo, y rogar 6 Dios por 6l. S6 que as6 lo haces, y que llenas muy cumplidamente mi lugar, al lado de mi buen padre. Sin embargo, como siempre que de t6 me despido, me cubre una

sombra de tristeza, no debes extra6nar algunas de mis frases, que acaso te parecer6n, 6 injustas, 6 vac6as de sentido. Vuelvo 6 encargarte la lectura de la cartera de Regino; y vuelvo tambi6n 6 despedirme. Adi6s.